

Accademia della Crusca), el uso de la mitología, el progreso de la literatura o el eterno debate polarizado entre originalidad e imitación. Las opiniones de Pietro Giordani, Ludovico di Breme, Londonio, Carlo Botta, Pietro Borseri o Berchet (recordemos que Goethe escribía en el mismo 1818 un artículo con el título de «Clásicos y románticos luchan obstinadamente en Italia») circulan por este prólogo manifestando una clara deuda, que el editor reconoce, con el clásico y fundamental estudio de Egidio Bellorini, *Discussioni e polemiche sul romanticismo italiano (1816-1826)*, Bari, Laterza, 1943, 2 vols.

Y es entre las propuestas de la intelectualidad italiana de principios del XIX, donde se inserta el parecer del «primer Leopardi» —como se especifica en la introducción—, decididamente alejado de una nueva estética que aún siente incapaz de armonizar con la herencia clásica. Vera Saura nos acerca, y es otro acierto, al Leopardi quizás más desconocido, al tiempo que nos permite apreciar la evolución del italiano en su concepción teórica de la literatura: una trayectoria que culminará en el *Zibaldone*.

Ciertamente, para el lector interesado en el romanticismo como movimiento europeo, con la especificidad del caso italiano, la lectura del documentado estudio del editor (que incluye un amplio aparato de «Referencias Bibliográficas») puede resultar más interesante que el propio texto de Leopardi, pues el autor de Recanati se muestra aquí excesivamente doctrinal y sectario. De hecho, la motivación inicial del texto (contestar al escrito de Ludovico di Breme «Il Giaurro, frammento di novella turca scritto da Lord Byron e recato dall'inglese in versi italiani da Pellegrino Rossi») vertebría un discurso en el que la cruzada contra el romántico se expresa en rotundos términos: «y me alegro de haber previsto dónde convenía que llegara la nueva escue-

la, y me lamento de que ni siquiera de broma se pueda pensar o decir algo tan extraño y ridículo que no haya sido ya pensado y dicho por los románticos, y si pueden, que hayan practicado seriamente» (p. 213).

Igualmente, otro acierto de Vera Saura son las notas que introduce como apéndice y con las que nos ofrece la interpretación de ciertos pasajes oscuros, nos sitúa en el texto de Di Breme al que se replica en cada momento y, lo que es más importante, nos completa una dimensión teórica de Leopardi que —solo con el *Discurso*— quedaría sesgada: de este modo podemos apreciar que el italiano evolucionó con el signo de los tiempos y que además se convirtió en precursor de una poesía de carácter simbolista defendida en postulados del *Zibaldone*.

La entidad como teórico de Giacomo Leopardi aparece perfectamente definida en palabras del editor de este discurso: «Este primer Leopardi es un clasicista atípico y se prefigura ya como un romántico también atípico» (p. 77).

NIEVES ALGABA

BARRERA, Pedro y Eduardo BÉJAR, *Poética de la nación. Poesía romántica en Hispanoamérica (Crítica y Antología)*, U.S.A.: Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1999, 707 pp.

Cuando tratamos de acercarnos al romanticismo hispanoamericano lo primero que llama nuestra atención son las numerosas lagunas en las aproximaciones críticas y la diversidad de posturas teóricas que las acompañan. *Poética de la nación* surge con el deseo de salvar algunos de esos vacíos, y de responder a algunas incógnitas, al tiempo que busca aportar una lectura crítica que permita un acer-

camiento a la poesía del romanticismo hispanoamericano, ausente de las inseguridades de otros trabajos.

Para ello se presenta como necesaria la aniquilación del fantasma del modernismo hispanoamericano y de algunos de sus autores, quienes inauguran la negación de la poesía romántica como poesía moderna y propician con ello el borrarimiento de su esencia, el conjunto de su olvido. El primer problema que debe resolverse es historiográfico.

Así, tras una completa introducción crítica, que puntúa las claves de nuevas lecturas, se recoge una nómina de veinte autores, acompañados de una semblanza bio-bibliográfica, porque en la propuesta de Pedro Barrera y Eduardo Béjar vida y poesía son indisociables.

José María Heredia, Esteban Echevarría, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido), José Eusebio Caro, José Mármol, Gregorio Gutiérrez González, Carlos Guido Spano, Dolores Veintimilla de Galdino, Juan Clemente Zenea, José Hernández, Rafael Pombo, Clemente Althaus, Luisa Pérez y Montes de Oca, Juan Antonio Pérez Bonalde, Manuel Acuña, Salomé Ureña Díaz, José Gautier Benítez, Rafael Obligado y Juan Zorrilla de San Martín constituyen el abanico de poetas seleccionados con el que se pretende trazar un panorama abarcador, que ilustre de similitud, al tiempo que la rica pluralidad de sus voces. El criterio de ordenación es estrictamente cronológico.

Con esta propuesta se supera y subvierte el canon del romanticismo poético hispanoamericano, y se da cabida a un grupo de autoras *olvidadas* en la mayor parte de las antologías. El grupo de poemas, que acompañan a cada uno de los nombres escogidos, son fruto de una cuidada elección que permite asomarse con seguridad al universo lírico.

Desde aquí, en la propuesta crítica que se presenta en la introducción del

texto, se exhibe, ante todo, una poesía que se quiere nación, una escritura fundacional que traza un espacio que supera lo político: el de la Patria. El yo individual del poeta asume como propias las aspiraciones progresistas de un yo colectivo. Las fronteras entre espacio público y espacio privado han sido borradas. Los discursos son de emergencia: «El romanticismo hispanoamericano es una plena toma de conciencia de la especificidad y la potencialidad histórica de América, así como del poder y de la función del escritor y de la escritura para vehicular esa identidad y esa plenitud» (p. 15).

Las voces románticas recuperan el poder performativo de la palabra, que se convierte en palabra jurídica, moderna y modernizante, en expresión de nación. «El fenómeno estético que llamamos Romanticismo y el político que llamamos Nación, crecieron juntos, y están íntimamente relacionados con Hispanoamérica» (p. 20).

Así, Pedro Barrera y Eduardo Béjar recuperan la poesía como género privilegiado del romanticismo hispanoamericano, como elegía nacionalista, como discurso hegemónico de la clase liberal burguesa que se dice en los textos; pero también hay lugar en esta antología para las voces disidentes. Si la domesticidad poética se muestra como correlato de la sociedad liberal burguesa, otros poemas rechazan las formas miméticas de la clase letrada, para «arrancar una poesía de vena populista que surge de las identidades no matizadas, no higienizadas» (p. 27).

El lenguaje que acompaña a la propuesta poética romántica vive la metamorfosis exigida por un nuevo decir, para resurgir como lenguaje de placer, pero también como lenguaje de orgullo nacional, siempre teñido de ironía. La métrica se torna dispar.

Ahora es posible reivindicar para el romanticismo hispanoamericano un valor

moderno, que nace de su peculiar «adscripción al proceso de secularización moderna que se lleva a cabo en el XIX» (p. 18). Desde donde será posible exorcizar el conjuro modernista y recuperar el propio lugar, al tiempo que interpelar al controvertido romanticismo peninsular, cuya poderosa presencia es también causante de los conflictos historiográficos del movimiento romántico hispanoamericano.

De esta forma, los compiladores, tras conseguir un lugar desde el que mirar y reivindicar la poesía hispanoamericana romántica, proponen como paso siguiente la revisión de sus límites. Así, se ensanchan las fronteras cronológicas propuestas por los estudios canónicos, para situar en el umbral del movimiento la poesía de José María Heredia, y para extender su presencia hasta los albores del siglo XX, con obras tan significativas como *María* (1867) y *El gaucho Martín Fierro* (1872).

Con todo esto se desea demostrar el profundo calado del romanticismo hispanoamericano y su convivencia temporal con el movimiento modernista.

Los períodos que traza esta antología buscan «superar la limitada propuesta generacional, y responder a la variabilidad histórica del XIX». De este modo se nos habla de tres etapas fundamentales: «Irrupción y triunfo de la propuesta romántica» (años 30), que supone la ruptura con el neoclasicismo y la aparición de un nuevo lenguaje que ya se reivindica como romántico; «Aproximación social y decantación» (años 50), el verso romántico es ahora el espejo en el que se mira la clase burguesa, el poeta que se ha transformado en funcionario público o en profesor, ha perdido su protagonismo en el devenir nacional; «Supervivencia, distancia crítica y redefinición» (años 70), donde se aprecia una convivencia de actitudes, con una «tensión entre un programa utópico y una conciencia crítica que

observa un desencuentro entre modernidad estética finisecular y la realización del proyecto nacional» (p. 36).

Desde aquí un triple objetivo surca los distintos períodos: «La desmitificación del discurso sagrado sobre el mundo y la secularización moderna de la sociedad, la sacralización de la patria y la fundación de los mitos nacionales por la literatura y la secularización de la ética judeocristiana» (pp. 43-44).

Por tanto, en *Poética de la nación* sus editores dejan de lado los tradicionales interrogantes sobre el romanticismo hispanoamericano, para afirmar la prioridad de una poesía que antecede a la prosa narrativa como mecanismo fundacional, y para recuperar «una especial operación de lectura crítica que se llevó a cabo para fundar una cultura y una expresión literaria de emergencia, para conseguir el progreso social que los románticos hispanoamericanos se plantearon como su ineludible tarea histórica» (p. 43).

Asimismo, son capaces de materializar su propuesta con una antología que ya se sentía como necesaria —pues supera la mirada nacionalista de otros trabajos, al tiempo que logra recuperar el lugar del romanticismo hispanoamericano, eclipsado en otras aproximaciones críticas por el todopoderoso modernismo—, y esto lo consigue con coherencia y con precisión, creando una herramienta útil tanto para el lector curioso como para el especialista; pues esta antología no sólo permite la aproximación crítica a los grandes problemas del romanticismo hispanoamericano, sino que, además, ayuda a conocer a todo un espectro de autores que rompe con el canon, y que inaugura nuevas presencias. De igual forma, tampoco debemos olvidar la profunda tarea de recopilación de «bibliografía activa» y «bibliografía pasiva», que acompaña no sólo a la introducción crítica, sino a cada una de las semblanzas sobre los diferentes autores.

Por todo ello, Pedro Barrera y Eduardo Béjar logran en esta antología un *lugar de llegada*, después de un profundo trabajo de reflexión y crítica, que no se agota en sí mismo, porque sabe dibujarse como *lugar de partida* para futuros y necesarios estudios sobre el romanticismo poético en Hispanoamérica.

BEATRIZ FERRÚS ANTÓN

REPARAZ, Carmen, *Tauromaquia romántica. Viajeros por España: Merimée, Ford, Gautier, Dumas 1830-1864*. Barcelona. Comunidad de Madrid. Ediciones del Serbal. 2000, 360 pp. + ilustraciones.

Entre las clases de viajeros están los llamados *mzungus* (algo así como los vagabundos extranjeros en lengua swahili) y los que buscan emociones distintas en otras sociedades, de las que se apasionan y no pueden olvidarse. Sus inquietudes, y más cuando son cultos, les arrastran a entender sus costumbres, pasear sin prisa por sus ciudades, etc. Les gusta percibir el contraste entre su mentalidad y la que van descubriendo en las otras gentes. Y les fascinan las huellas de un pasado inexistente en sus países. Nuestro país mediterráneo, durante una buena parte del siglo pasado, reunió condiciones para atraer a los buscadores de lo exótico, de lo oriental. Algo vital para varios románticos de ideoinscripción, profesión y educación distinta entre sí.

Carmen Reparaz, al pensar cómo fue la élite de Francia, sin olvidarse de Gran Bretaña, ha buscado contarnos cómo nos vieron varios de los ilustres viajeros que nos visitaron y vivieron algún tiempo en Sevilla y Granada. Sus relatos son la fuente de sus testimonios. En ellos se alude a las corridas de toros, tan en auge por el espíritu de la época romántica. El sub-título del libro sugiere que la Tauromaquia

perteneció a nuestra cultura más genuina. Si bien una buena parte del relato nos cuenta cómo lo pasaron y se ambientaron durante sus estancias (Madrid, Sevilla, Granada con su Alhambra donde deseaban residir, etc.), además de sus itinerarios hacia el interior y el mediodía.

Prosper Merimée (1803-1870) vino hasta en siete ocasiones y conoció bastante bien determinados ambientes sociales de altura. Pues quiso la suerte que allá por 1830, durante su primer viaje, coincidiera con el conde de Teba, con cuya esposa, más tarde condesa de Montijo, entabló gran amistad. Y así conoció de niñas a quienes fueron la emperatriz Eugenia de Montijo y la duquesa de Alba. La autora de la obra nos reproduce cómo fue el ambiente de aquellas estancias, tan selectas y naturales al tiempo.

Richard Ford (1796-1858) permaneció unos tres años con su esposa en Sevilla y Granada. Su mentalidad y educación le llevó a contemplar de manera crítica ciertas costumbres de aquellos andaluces: el contraste buscado lo halló. Quedó fascinado, a pesar de lo que le ocurriera en aquella sociedad tan arabizada aún, y cuando regresó a su patria, recordó en la fábrica de su morada algo de la arquitectura oriental, embrujadora para su sensibilidad romántica.

Téophile Gautier (1811-1872) y Alexander Dumas (1802-1870), además de visitarnos cinco veces el primero y dos el autor de *La dama de las Camelias*, presenciaron las corridas de las bodas reales de Isabel II en 1846 y su hermana la infanta María Luisa Fernanda, según el canon del toreo a caballo de la nobleza.

El impreso lo completan con poesías del duque de Rivas, fragmentos de Gautier, Dumas y hasta no se olvida de Lord Byron, que pasó de Lisboa a Gibraltar por España cuando se dirigía por vez primera a Grecia. Se reproduce la famosa *Carta histórica...* de D. Nicolás Fernández de Moratín (1776); un capítulo de